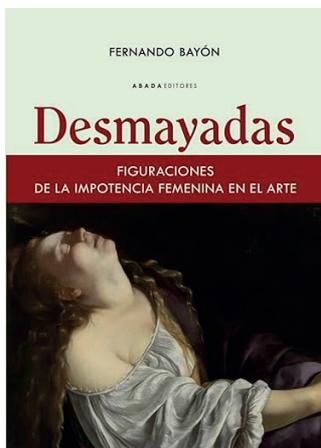


Desmayadas: Figuraciones de la impotencia femenina en el arte

FERNANDO BAYÓN.

*Madrid, ABADA, 2023,
291 páginas.*



Cuando uno decide reseñar una obra como la que aquí se propone al e-lectorado ha de asumir un par de directrices. La primera es que la justicia a la que la recensión puede aspirar responde a la del ajuste y no a la de la justificación. Porque nada justifica que las opciones de lectura de un servidor sean las más apropiadas para el texto (o por el texto). A lo sumo cabe esperar que sean ajustadas al mismo, que el libro las soporte y que, en lo posible, sea la propia lectura de quien lo descubra a partir de estas líneas la que, llegado el caso, las justifique como valiosas. Por el momento aspiramos a que sean válidas.

La segunda directriz viene impuesta por la forma que asume conscientemente la escritura de *Desmayadas*. Ante la insaciable lista de referencias pictóricas, literarias y cinematográficas que forman parte de esta extensa selva (acaso un jardín que finge salvajismo a favor de su *Deus absconditus*), es sensato decidirse por algún punto que ayude a enfocar la valoración. Se requiere elegir alguna atalaya concreta desde la que poder decir “algo” sugerente de entre tanto sugerido. Y aquí la esfinge de Bayón nos mira y nos

pregunta: “¿En qué te fijas?” No es estúpido pensar que la respuesta más sensata sea “en nada”, lo que equivale, al menos para el orgulloso lector de Hegel (y Fernando lo es... y lo celebra), a evadir responder para poder así tramposamente quedarnos con todo. Y así cada quien, exento de la responsabilidad de buscar un centro, puede pasar por un semidigno invitado a la altura del anfitrión que tenemos entre manos.

Como tal, Bayón nos procura suficientes viandas y divertimentos como para mostrar lo atractiva de la propuesta, cuidando con detalle, sobre todo, lo más importante de una experiencia semejante: el gusto por descubrir por uno mismo el sabor (o sabores) del tema, del enfoque, ... de la filosofía que subyace a este ecosistema (espontáneo o no). En efecto, el menú que se despliega hace posible que puedan sentarse a la mesa, de buen grado, una amplia variedad de comensales, siempre que dispongan de paladar y gusto cultivados y educados - aunque sea en la humildad y en la curiosidad, como es mi caso. No es un libro para amantes de la comida rápida. Quien desee encontrar un catálogo de expresiones artísticas en las que el desmayo se registre de manera archivística, más preocupado por el tratamiento técnico y estilístico del leitmotiv que por el sentido de lo representado (en cuanto re-presentado), hará bien en excusar la asistencia o declinar abiertamente la invitación.

Advertido lo cual los placeres de quien se sienta a la mesa de Desmayadas son, insistimos, incontables. Estrictamente fiel a lo que el libro promete en su subtítulo (o ya veremos), el autor nos ofrece una aproximación al fenómeno del desmayo en diferentes tiempos y en distintos registros artísticos. En la primera parte visitará los desmayos pictóricos de María de Nazareth, afirmando con contundencia, desde el principio, que “el desmayo de María es la hipótesis radical” (p. 31). Pues cuando el desmayo lo es de verdad- y no un fingido ejercicio dramático, supone, siquiera por un momento, la puesta a prueba de una posición en su más alto grado: su desmentido. Y cuando esa posición tiene que ver con la raíz de la propia fe, de la propia convicción, el desmayo es el signo de un fracaso (el del proyecto de Jesús de Nazareth...y el de su madre) que tendrá que pensarse como tal. Fernando nos acompañará por el registro pictórico de este desmayo bíblico desde el 430, pasando por el arte bizantino y mostrando el cambio de acento en los distintos estilos epocales, convocando nombres como Tintoretto o Van der Weyden en el centro de sus análisis. El motivo de la *compassio Mariae* se nos revelará como el complemento perfecto de la *imitatio Christi*, en un juego de espejos plásticos que irá puntualizando las sutilezas del desmayo bíblico femenino como fuente de revelación religiosa...y política. En este punto otra mujer bíblica, Esther, sucederá en la atención de Bayón a María, como predecesora veterotestamentaria del desvanecimiento - con un libro canónico propio frente a la *theotokos*. El desmayo inintencionado que sin embargo termina respondiendo a una economía política... de salvación. Teología

pintada del más alto nivel revisitada desde ese leitmotiv aparentemente banal (más bien como nos demuestra el autor, banalizado) que es el desmayo (no sólo pero sí fundamentalmente) femenino.

Quien coma menos por los ojos y prefiera el trabajo lento de las papilas gustativas, hará bien en detenerse en la segunda parte, dedicada a las expresiones literarias del desmayo en los más variados géneros. Desde textos sagrados como el poema de Gilgamesh hasta la literatura del siglo XX, la erudición de Bayón se revela en este punto sencillamente abrumadora. Uno/a debería leer tantos libros para entender el alcance de cada página, que recomendamos simplemente dar crédito al autor y asumir que ya habrá tiempo futuro (¡ojalá!) para visitar algunas de las obras referidas y poder dialogar con Desmayadas de verdad.

En cualquier caso esa confianza en el autor no se verá decepcionada, pues tendremos a disposición los datos necesarios de cada obra para seguir el hilo conductor que convoca en un mismo “relato” tentativo piezas dramáticas, poéticas, o narrativas como *Orgía* de Pasolini, los versos de Safo de Lesbos, la *Ifigenia en Tauride* de Goethe, el *Cuento de invierno* de Shakespeare, la literatura vampírica popular o las reverenciadas creaciones de Heinrich von Kleist o Richard Wagner, cuyo *Tristán e Isolda* retiene, a modo de excursión, la atención de Bayón, en su revisión musical por Toscanini, bajo la mirada fascista.

En este inabarcable territorio los vértices de la muerte, el poder y la verdad (me atrevo a sugerir más enfáticamente que el autor) triangulan una reflexión inquietante acerca de la identidad: como si el desmayo fuese una forma de anticipar la muerte y clausurarse identitariamente; como si la muerte revelara la verdad de quiénes somos cuando ya no podemos ser más y el desmayo sirviera a esa intuición anticipada de lo que aún nos es o no posible ser. Como si no fuéramos diferentes a esa mujer vampirizada que tras el breve instante revelatorio del desmayo- que la transforma en epígono servil (y co-dependiente) de su victimario-, se “repone” para jamás poder volver a ser lo que realmente es: una muerta ... hasta la estacada final. Quizá porque el poder (o mejor el dominio), requiere de la verdadera muerte (entendida como real amenaza diferida) tanto como de la mortífera verdad (entendida como necesaria autenticidad identitaria) para gestionar en torno suyo las distintas fuerzas y debilidades, las posiciones y de-posiciones, las expresiones e impresiones, los ensalzamientos y los desvanecimientos. O sea, para someter las identidades (y sus relatos gloriosos o decadentes) y utilizarlas mortalmente hasta la muerte. Ha sido todo un descubrimiento saber a Mussolini prometiendo “doblar la inversión en espectáculos líricos” (p. 185).

Es esa inquietante esfera del poder que nos estructura mortal y verdaderamente la que a mi parecer se profundiza en la última parte de *Desmayadas*, con un punto

de fuga final que dota de dramatismo al texto. Opción escamoteadora del autor que, por lo demás, resulta muy coherente con la inapresable fluidez de un texto que, finito sólo en páginas, se manifiesta in-finito en acto y en potencia.

Es tentador pensar que la disposición de esta sección cinematográfica pueda responder al indisimulado gusto de su autor por la dialéctica hegeliana: como si después del gobierno de la imagen en la parte iconográfica, desmentida en su presunta valencia “mayor que mil palabras” por la incursión literaria, encontrara su revalidación renovada en esa síntesis de palabra e imagen que es el cine, con cuyo tratamiento pone Bayón punto final (o de fuga) a su libro.

Pero al margen de esoterismos pseudofilosóficos que no van a ningún lado, lo que sí se puede decir con hegeliana solvencia es que, en efecto, tanto los ecos de la economía salvífica de la primera incursión, como las reflexiones en torno a la muerte, la verdad y el poder de la segunda, encuentran en esta última parte un espacio de recreación conjunta que, de nuevo, nos ubica de lleno en la cuestión principalmente política (no psicológica) de la identidad. Basten estas líneas para situar al e-lectorado al respecto: “Cuando la realidad se empeña en exponer alguna verdad que la conciencia ha intentado sepultar industriosamente, el cuerpo se divorcia de ella, abandonándose a las consecuencias que puedan derivarse del aplastamiento de la diferencia entre el mundo y mi ilusión. El desmayo es entonces un secreto contado con el cuerpo... La política cinematográfica del desmayo debe ser rescatada de la parafernalia de las emociones. Tal y como lo voy a tratar en adelante, tiene más que ver con el concepto de “afecto” que con la psicología de las “emociones” (pp. 204-205). El cine de Sirk (curiosamente hermanado por el autor con Kierkegaard), Buñuel, Bergman o Rossellini, sin duda emocionante, es sin embargo sometido a esta disciplina antipsicologizante que da una nueva vuelta de tuerca a la fenomenología del desmayo. Pues qué más quiere el poder (mejor, de nuevo, el dominio) que convencernos de que todo es una cuestión de trabajar sobre la psique personal, cuya debilidad o impotencia puede ser terapéuticamente auxiliada y redimida por el propio poder. Por eso, si Cristo resucitado podía auxiliar virtuosamente ese desmayo femenino debido (en pretendido último término) a la debilidad de una psique incapaz de soportar lo que requería su proyecto religioso (el fracaso social y político de Jesús), toda la revisión cinematográfica que Fernando elabora al final de su obra encuentra en el desmentido del auxilio, precisamente, su foco principal. El auxiliar del desmayo es parte (importante) del problema, no su solución. “Alguien cae, alguien levanta; porque no tienen el mismo poder” (p. 9) ¹, nos insinuaba el autor en la introducción. Atendiendo a esta inquietante posibilidad, el desmayo, ahora sí,

¹ El subrayado es mío.

por fin, se revela en sí mismo y para sí mismo. Ninguna lógica externa (por poderosa y auxiliadora que sea) puede pretender decidir sobre la verdad (kierkegaardianamente mortal o no, desesperanzadora o escatológica) del fenómeno. El desmayo no está al servicio de ninguna óptica del poder que pueda controlarlo, reclamarlo o incorporarlo a su mayor gloria. Se revela, como el autor escribe y dice, intransitivo.

Nos sentimos cómodos para proponer esta nota como extracto de un todo que como autoproclamados recensores nos excede. El desmayo no transita hacia ningún más allá, lo cual no equivale a eliminar, como Fernando advierte, su significatividad. Obliga a que la fenomenología del desmayo siga el orden exacto de su género: primero el fenómeno, luego la lógica. El error consiste en incorporar el fenómeno a la lógica de un sujeto, como si el desmayo fuera lo que un poder (auto)suficiente rentabiliza hermenéuticamente del mismo. Más bien se trata de incorporar la propia lógica al fenómeno, refiriendo la reflexión sobre el poder propio a ese momento de impropiedad que, cuando es honesto y no fingido, habla del non plus ultra de toda fuerza, del desvanecimiento de la ilusión que sustentaba un poder hasta ahora “soportable”. Las apreciaciones en torno a la etimología del desmayo, en las que Fernando muestra la hermandad entre el poder y la ilusión, son exquisitamente iluminadoras. El desmayo no es un fenómeno de tránsito, es una “interrupción corporeizada” (p. 208) que en su mutismo reta al poder sin revelarles del todo cómo y por qué lo hace. Toda lección edificante (me perdonará el hegeliano Bayón por la elección del adjetivo) que un logos pueda extraer del fenómeno ha de asumir que el desmayo no edifica, porque es derrumbe. Y si llega a hacerlo es porque tras él, algo aprendemos no sobre lo constructivo del poder, sino sobre la impropiedad ilusoria del mismo. La propiedad inalienable del desmayo, su poder propio, es la interrupción intransitiva, a lo sumo, podrá ser incorporada en el relato de quien se despierta tras haberse desvanecido, no con vistas a un nuevo renacer glorioso, lleno (ahora sí) de poder, sino sencillamente (y nada menos) para “recuperarse para un eclipse más consciente”. Hegel y Emily Dickinson, un hombre y una mujer que en la intransitividad de Desmayadas se nos antojan retadores en relación a un subtítulo que puede (y debe) ser re-leído con tanta literalidad como ironía: Figuras de la impotencia femenina en el arte. El espíritu absoluto tenía, según el filósofo, el fundamento de su trono en su recuerdo y su calvario; y ese trono levantado sobre el Gólgota ante el que María se desvanecía, nos invita no a la glorificación de nuestro poder resurrecto, sino -en las exactas palabras de Dickinson, a un eclipse más consciente de la impropiedad de todo poder. Que al final, tras sus promesas y logros, siempre (se) desvanece.

JONATAN CARO REY